

“Hay un hombre sabio en Sayago, que hace y calla.
Se da y obra sin alardear de su generosidad....
Es la discreción en persona. Acoge, acompaña y
guía. Nunca espera ni reclama, y es maestro de la
vida”

Así son también las piedras gastadas de Sayago. Piedras que hablan a voces de la historia; ellas que son arte. Arte en la pila del bautismo y en el puente Geijo. Piedras que tienen personalidad, que son paisaje único, etnografía que da forma a esta nuestra tierra.

Piedras sagradas, petroglifos, dólmenes, menhires,... piedras desperdigadas por la tierra de Viriato; por rincones mudos perdidos en la historia. Piedras mordidas y amansadas por el agua del Duero que escapa entre riscos infernales. Arribes adornados y perfumados de flores bravas, por donde fluye la vida y crecen carrascos, robles y encinas viejas.

Piedras sobre piedras que perfilan aún cortinos y cortinas. Piedras enfiladas levantadas con esfuerzo por manos recias y cansadas. Amalgamadas con el sudor de la frente y sangre de aquellos viejos hombres incansables de pueblo. Vestigios y arquitectura muda del pasado. Piedras totémicas que han dado forma a chozos para refugio de pastores; a pilones y pilas desperdigadas aún por el campo sayagués; pilas para cristianizar y benditas, y es que en esta tierra la vida y los santos brotaron siempre de las piedras. Piedras recias para mampostería y sillares incansables que continúan soportando estoicas cielos y soles de inclemencia..

Las mismas piedras y tropiezos que desde ancestro nos acompañan como hermanas de nuestras manos bajo nuestros pies. Piedras sabias como el sabio; generosas y calladas; discretas y acogedoras; cálidas para aliviar el cansancio en la siesta; para acoger al desvalido, al pobre. Piedras que desde ancestros nos van guiando por el camino de la vida y guardan secretos del pasado. Piedras calladas como el silencio puro que llega con la

muerte. Piedras de cortinas, lavaderos, pilones, pontones, dinteles, potros de herrar,... Piedras para atajar los cansancios de la vida; caminos gastados por la mordedura impenitente de las ruedas de carro.

Son piedras sin rostro y arrugas viejas invadidas por el musgo que aún guardan en sus entrañas secretos, historias viejas y consuelos; descansos y refugios improvisados hoy comidos por carrascos y zarzales. Granito duro con olor a feldespatos y mica, que más me asemejan dientes saliendo doloridos de las encías de la tierra, y por entre los que parece escaparse la saliva tibia que recorre este pedregal en busca de las entrañas por donde se esconde disimulando el endiablado Duero.

Piedras sobre piedra en horizontal y vertical tan sólo levantadas con las manos calludas y pegadas o abrazadas entre sí con sudores de hombres. Son sueños y esperanzas petrificadas por esos hombres y mujeres que viven y han vivido a lo largo del tiempo en esta hermosa y pétrea tierra, que también es mía, por tantas veces cruzada y mirada.

Todas me sugieren sufrimientos y sueños; esperanzas del mañana; manos hábiles e incansables y cadriles doloridos. Hombres únicos que imagino hoy mirando y remirando sus caras para un asiento mejor, o haciendo con ellas "llaves" en la cortina; acarreando y colocando losas en el portal de casa; dinteles en la trasera; poyo del descanso a la entrada de cada casa; o chozo para que el pastor pudiera burlarse de las alimañas. Construcciones puras y simples que han burlado la historia y que son monumentos imprescindibles que merecen protección, porque son testigos mudos de una historia rural escrita en la misma tierra con las manos cansadas de gente humilde, que tan solo pretendía sobrevivir entre las piedras.

Piedras, magia, semillas perdidas por la tierra para dar forma a un paisaje único y atrevido; para hacer facendera por esos caminos de historia y silencio; para acarrear esperanzas y sueños. Piedras entre las que aquellos hombres y mujeres de ayer tanto han llorado hasta amansarlas y

soportar su peso de plomo. Y es que estas piedras son para vivirlas, para contemplarlas en silencio en la distancia; para atusarlas quererlas o maldecirlas. Ellas son las que han vivido mendigando esperanzas. Piedras que hoy parecen haber perdido la muerte en el olvido. Ellas son quietud, silencio y soledad. Lápidas y tumbas con epitafios eternos inscritos en la misma roca; cruces de santoral y penitencia; mojones y jalones cegados y perdidos, peñascos y escollos de un ayer empedrado y lejano. Piedras aterciopeladas por el musgo que apenas si les quedan ojos que las miren y entre las que aún continúa floreciendo el diente de león o el sauce camino del cielo.

Piedra, pequeña, piedra, grande, piedra ligera que continúa, como el río, dictando versos al poeta y rodando por el camino. Todas vírgenes y apenas escalabradas, esculpidas por los siglos. Piedras que aún relucen en las noches de luna llena y hacen sombras sobre el suelo. Que son y han sido juego y descanso; refugio de soledades y lágrimas; balas o arte, porque son las gentes de estas tierras las que dan forma y utilidad a sus piedras. Son tropiezo y tucidez. Ellos, los sayagueses, son quienes las viven y de quien viven. Ellos son la misma piedra, hombres y mujeres recias y graníticas que saben bien que con ellas con las piedras, aprendieron un día a querer, a contar o a rezar a sus cruces de piedra. A la vera de una piedra vivieron sus primeros amores y enamorados y orgullosos viven de ellas. ¡Es su tierra, y quiero que sea mía!

CHAMORBE